

Al Eduardo Sotillos - Syd Pozebo
EDUARDO SOTILLOS. POZEBO

PERDONADME. YO ESTUVE EN LAS VENTAS.

Alguna voz generosa en un medio de comunicación monográficamente dedicado a ser protagonista de la crítica contra cualquier actividad que pueda desarrollar el Partido Socialista, ha reconocido que, al fin y al cabo, nadie puede negar a los militantes del P.S.O.E. el derecho a reunirse en una plaza de toros para celebrar lo que quieran.

A cualquier persona residente en la Europa Occidental le parecería innecesaria, por obvia, esa concesión. En España, lamentablemente, resulta un obligado ejercicio intelectual.

He asistido, desde las gradas de Las Ventas, apretujado entre militantes de Lorca, Madrid y Extremadura al mitin de los diez años de gobierno socialista. Nadie pudo ofrecerme un trozo de bocadillo, ni siquiera de mortadela. Eché de menos una cerveza o el trago de vino de una bota. Eso sí, me ofrecieron cigarrillos y algún plutócrata, por ejemplo un barbero, no un estilista de moda, sino un barbero de los de toda la vida, que no recibe ningún subsidio y que se identificaba con Izquierda Socialista, compartió conmigo, a falta de negro, rubio americano. El viejo que tenía a su lado era su padre, un ochentón como Ramón Rubial, que ya era socialista en la República y lo había pagado después. Ese viejo anónimo habrá leído ya o le habrán contado lo deleznable que resultaba su presencia en un mitin de su partido y lo expuesto que

estaba al ridículo, si un fotógrafo avisado le hubiera escogido como ^{objeto} ~~defecto~~ de su cámara, al subir con dificultad unos escalones, para ilustrar una crónica de ambiente.

Los profesores de universidad, ingenieros, economistas, médicos sociólogos que acudieron a Las Ventas, perdieron de golpe sus titulaciones y sus conocimientos para convertirse en analfabetos por decisión de un jurado de exquisitos que descalifican la adscripción a un partido. Hombres y mujeres que pueden presentar largas biografías de lucha y sacrificios en muchos años de oscuridad democrática han pasado a ser, a golpe de tintero u ordenador, borregos de un rebaño político.

Sorprende y duele que no sólo desde posiciones tradicionalmente aristocratizantes, sino desde órganos supuestamente progresistas se articule un mensaje ofensivo, indiscriminado, contra toda la representación popular de un partido que, todavía hoy, sigue siendo el mayoritario en España. La crítica -tantas veces justificada- contra determinadas acciones de Gobierno y, si se quiere, contra la globalidad de un ejercicio político, parece encubrir un profundo sentimiento de supuesta prepotencia intelectual o de casta; incluso racial cuando se escribe, despectivamente, que muchos de los asistentes, "provenían del sur más profundo" y se utiliza la matanza de Puerto Hurraco como referente geográfico descalificador para todos los habitantes de Extremadura. Barbaridad comparable a la que resultaría

de englobar a los vascos en la imagen, esa sí continuadamente sanguinaria, de E.T.A.

Creo que la obsesiva y alentada ola de ataques al Gobierno Socialista, al que no falta, por cierto, evidentes posiciones críticas en el propio P.S.O.E., puede terminar teniendo un efecto contrario al deseado por sus inspiradores. Nada resulta más ridículo que la alabanza o el insulto desmedidos e incontrolados. A Felipe González no se le puede criticar con la misma irritación cuando se muestra prepotente o reafirmado en sus convicciones que cuando confiesa sus dudas o anuncia un giro. No se puede estar contra una política de reconversión industrial y mañana exaltando el más puro y duro mercado libre. No es de recibo proclamarse solidario, internacionalista, y denostar las ayudas económicas al Tercer Mundo o el envío de tropas a una misión de paz de la O.N.U. a Bosnia.

No se puede ver todo negro aunque se esté paseando por la Antártida a la luz del día. Sobre todo, porque uno, aunque se suba cada día al púlpito de una radio o se parapete en las almenas de una columna no está solo y comparte su visión con los demás en un mundo que no está poblado por ciegos. Tanto disparate y tanto insulto por parte de quienes consideran, por ejemplo, a Ramón Rubial un viejo sin capacidad de discurso político y a D. Juan de Borbón un joven reflexivo - ambos tienen, por cierto, sobradas experiencias comparables desde distintas trincheras- van a terminar por hacernos guerristas a todos y pedirle a Alfonso que

dé un poco más de caña. A mí, particularmente, me da miedo que termine por gustarme el "comic" del aniversario. Y eso sí que no os lo perdonaría, colegas.

EDUARDO SOTILLOS